



Dos brazos vigorosos le agarraban por la cintura.

El baron se dirigió hacia ella tropezando y haciendo con las piernas garabatos.

El lacayo se acercó á él con aire obsequioso, le agarró del brazo y le ayudó á subir al coche.

Apenas entrado en el carruaje, el baron se dejó caer sobre los almohadones y se quedó dormido con aquel sueño pesado y brutal que causa la embriaguez extremada.

El lacayo se subió con ligereza al pescante, y colocándose al lado del cochero, le dijo :

— A casa, M. Lepine, por la puerta falsa que sabeis.

— ¡Eh! Larose, respondió el cochero, me parece que aprenderemos bien el camino si esto dura.

Y cochero y lacayo se echaron á reir de esa manera particular necia é insolente con que suelen hacerlo y es propia y peculiar á los criados de las grandes casas.

El cochero, inclinándose hacia atrás, miró por entre los cristales el interior del coche, y dijo á su compañero :

— Creo, Larose, que el patron, por esta noche, tiene su cuenta arreglada.

— Pues lo mismo sucede los demas dias, Lepine, desde que se ha casado.

— ¡Vaya un casamiento raro!

Y se echaron á reir de nuevo á carcajadas.

— No adivinariais nunca lo que me ha dicho la señorita Betty.

— ¿La doncella inglesa de la señora?

— Me ha dicho...

Y Larose, pegando su boca contra el oido de Lepine, le dijo algunas palabras misteriosas en voz baja.

— ¡Bah!

— Es tal como os lo digo.

Y esta vez fueron tan estrepitosas sus risotadas, que hicieron retremblar los cristales del carruaje.

Ya sabian que el baron no se despertaria por eso.

Matifay habia comenzado ese singular género de vida, tres dias despues de la noche de su boda, y desde entonces no lo habia dejado.

En seguida que acababa de comer, se escapaba de casa, como un estudiantillo que habiendo conseguido atrapar el picaporte de la criada, se sale á correr aventuras, y se hacia conducir á los barrios mas extravagantes.

Y estas correrías venian á terminarse siempre por la de la Villette, de cuyo punto volvía completamente tan borracho como un cuero.

El lacayo Larose estaba encargado de llevarlo á su cuarto, desnudarlo y meterlo en la cama.

Y preciso es confesar que Larose desempeñaba á las mil maravillas las delicadas funciones de que estaba encargado, y que al dia siguiente, el baron no encontraba en sus bolsillos ningun luis que se hubiese quedado allí extraviado.

Mientras que Larose y Lepine se hacian sus mútuas confianzas en el pescante, relativas á su amo, este roncaba como un becerro en el interior del coche.

Los acontecimientos de aquella noche tan agitada se hallaban á gran distancia de su imaginacion, porque se habia extinguido en su cerebro toda la luz de la inteligencia, de la razon y del sentimiento, por la influencia anestésica del alcohol.

Pero al cabo de algunas horas vendrá á sentarse de nuevo á la cabecera de su cama aquel pensamiento fijo, aquella idea-remordimiento que no le abandonaba, y que habia tomado una forma material y visible para perseguirle. Y tan luego como se despertase, la volvería á ver implacable, feroz y vengativa.

Durante todo el dia le seguiría á todas partes : á su despacho, á la Bolsa ; y á la hora de su comida se sentaría con él á la mesa ; y á la de sus placeres se colocaría á su lado y le diría :

— Acuérdate de mí : te prohibo que me olvides.

Y despues por la noche, ¡oh! por la noche se haría aun mas apremiante, mas atormentadora, mas aguda, hasta que llegada la hora, la hora terrible, y siempre la misma, esta idea se materializaria, se haría un cuerpo real, visible á los ojos humanos que, bajo la forma de un espectro amenazador y mudo salido de una tumba lejana, vendría á recordarle su crimen.

## XXII

## LAROSE Y LEPINE.

Larose y Lepine eran dos grandes amigos, y el hallarse iniciados los dos en los secretos de su amo habia contribuido á estrechar mas su amistad.

Como decia elegantemente el ayuda de cámara, que la echaba un poco de hombre de ingenio : « La Rosa no está sin la Espina. »

Con miss Betty, la doncella inglesa, formaban la aristocracia de la repostería.

La casa del baron Matifay estaba llena de misterios, y sus respectivas funciones con el banquero y su mujer los ponian en el caso de conocer muchos secretos.

Cuando se les preguntaba algo acerca del particular, se encerraban en un silencio lleno de dignidad, como dando á

entender que si no fuesen discretos, podrian decir bastantes cosas.

Y en realidad no sabian una palabra, aparte las correrías nocturnas del baron y ciertos detalles íntimos que habia sorprendido miss Betty.

Detalles á que no hacia alusion la pudibunda inglesa sino poniéndose muy colorada y bajando la vista.

Tan grande como habia sido el ardor é impaciencia que habia manifestado el baron antes de su casamiento, desde la famosa noche de la boda que lo habian encontrado tendido por el suelo y medio muerto á la puerta del cuarto de Cipriana, tan grande y mayor parecia ahora la antipatía que le causaba su mujer.

No era ya solo antipatía, sino hasta repulsion.

Evitaba todas las ocasiones de quedarse solo con ella, y no le dirigía en público sino las palabras indispensables para que la reciproca situacion en que se hallaban no sirviese para la rechifla de las personas que les rodeaban.

Ciertamente esto era bastante extraño para que dejase de picar la curiosidad de Larose y de Lepine, asi como la de miss Betty ; con tanto mas motivo, cuanto que olfateaban que tal vez dependía su suerte del conocimiento de este secreto.

Así es que espiaban con todos sus cinco sentidos, con el ojo avizor y el oido alerta, y todas las mañanas se comunicaban mútuamente sus observaciones, esforzándose en hacer comentarios para deducir una consecuencia lógica que les diese la clave del enigma.

Se habian asociado lealmente para explotarlo en comanda el dia que lo hubiesen encontrado.

Al dia siguiente de aquel en que hemos visto á Matifay escaparse milagrosamente de la celada de Chinela, la campanilla del baron se agitaba con la mayor violencia á eso de las ocho de la mañana.

Larose, que estaba en conciliábulo con Lepine y miss Betty, se apresuró á acudir al llamamiento del baron, diciendo :

— Quizás vamos á saber algo de nuevo.

Cuando el ayuda de cámara entró en el cuarto del baron, este se hallaba sentado en medio de la cama, cuyas ropas estaban hechas un revoltijo, y en su fisonomía podian verse todavia las señales de sus angustias de la víspera y de las pesadillas de su sueño.

— Id á buscar al doctor Ozam, tomad un coche, despachaos y traedlo en seguida.

Luego que salió el criado á cumplir con la orden, el baron volvió á extenderse en su lecho con la tranquila desesperacion de aquellas personas que acaban de tomar una resolucion definitiva.

Hacia ya tres semanas que la primera idea que tenia al despertarse era la de mandar llamar al doctor Ozam, y nunca se habia atrevido.

La confidencia que le tenia que hacer ; era tan delicada !... y como los médicos son algunas veces tan curiosos...

Se hacen explicar los hechos con sus mas minuciosos detalles y tienen la manía de ir siempre al fondo de las cosas.

Y Matifay temia verse obligado á tener que dar demasiadas explicaciones.

Tan largo tiempo como le fué posible, habia guardado para él solo su terrible secreto; pero hoy dia la lucha le era ya demasiado penosa, y al solo recuerdo de las angustias que esa noche sufria, se le erizaban los pelos.

¡Ah! ¡pobre loco! Habia creído que casándose con Cypriana desterraria de su imaginacion los terrores de su remordimiento, y hé aqui que desde ese fatal casamiento esos terrores habian redoblado.

Sí, desde aquel fatal casamiento, y precisamente la noche misma de la boda, aquellos terrores se habian materializado, por decirlo así, y en el umbral mismo de la cámara nupcial era en donde habia encontrado de pié y cerrándole el paso, el aspecto vengador de Elena de Rancogne.

Y desde entonces, siempre á la misma hora, se le habia aparecido la vision inexorable todas las noches.

Habia tratado de librarse de ella por medio de la embriaguez, y por espacio de algunos dias lo habia conseguido.

Entonces ya se creyó salvado, cuando héte aqui que el dia anterior el espectro habia venido á perseguirle hasta el fondo de la ruidosa taberna de la *Gota de oro*.

La embriaguez, en lo sucesivo, era impotente: preciso era buscar otro medio.

Este Matifay era un escéptico. No creia en los muertos vengadores que, levantando las losas de sus sepulcros, vienen á implorar algunas oraciones y sufragios, ó á perseguir á sus asesinos.

Estaba convencido de que aquella aparicion no era sino quimera y una vana ilusion creada por su imaginacion exaltada, una forma imaginaria, una alucinacion.

Solamente, lo que mas le inquietaba era su persistencia y la regularidad de las apariciones, y cogiendo su cabeza entre sus manos, se preguntaba:

— ¿Me volveré yo loco, por ventura?

Y el temor de la locura es casi siempre el principio de ella.

Conocia que dentro de algunos dias, mañana mismo quizás, no tendria ya la fuerza necesaria para resistir y dominar sus terrores, diciéndose como se decia hoy:

— ¡Bah! eso no es mas que una ilusion.

Y con el fin de desahogar un poco su corazon, era por lo que hacia llamar al doctor Ozam.

¡La locura! Estremeciéndose era como el baron pronunciaba esta palabra. La locura, para él, era peor que la muerte, era su ruina y su deshonra.

Podria llegar, como llegaria, un dia en que sin saber ni lo que hacia, ni lo que decia, se denunciase á sí mismo, y, despojándose de su careta de hipocresia, proclamaria él mismo á gritos su ignorado crimen.

Pues, — y explique el que pueda esta anomalia, — este hombre sin honra estimaba en mas su honor que su vida. Habia tomado por lo serio su mentirosa existencia: queria ser siempre el gran ciudadano, el hombre de probidad austera, « el mas rico y el mas honrado de Francia. »

Y conociendo que su secreto se le asomaba á los labios á

cada momento, hacia esfuerzos sobrehumanos para retenerlo.

Larose se habia dado prisa. Apenas habia trascurrido una media hora cuando ya estaba de vuelta con el doctor.

Al oirlo anunciar, Matifay volvió á caer en sus constantes vacilaciones, y estuvo á punto de despedirlo; pero haciendo un esfuerzo, dió por último la orden de que entrase.

— Al fin y al cabo, pensó y se dijo, no le contaré sino lo que yo quiera y me detendré en mis confianzas desde el momento en que empiece á conocer que pueden comprometerme.

El doctor Ozam entró, y el curioso Larose, con el oido pegado al agujero de la cerradura de la antesala, escuchaba con sus cinco sentidos.

El médico se acercó al lecho y tomó el pulso de Matifay.

Pero Matifay retiró vivamente el brazo, y dijo al médico:

— Yo no estoy enfermo, doctor.

Y al ver que este le interrogaba con una mirada de admiracion:

— Tengo una preocupacion que me atormenta, continuó diciendo, acerca de la cual quiero consultaros.

— Yo no doy, dijo M. Ozam, no sin bastante sequedad, sino consultas medicales.

— Precisamente de lo que tengo necesidad es de una consulta medical, dijo Matifay.

— Entonces, contestó el médico acercando un sillón á la cama lo mas cerca posible y sentándose en él cómodamente, os escucho.

Pero Matifay se callaba.

Habia llegado el momento crítico: conocia la necesidad de poner en orden sus ideas y buscar el cómo empezar sus medias confianzas.

El ojo franco y abierto de aquel hombre honrado le turbaba singularmente. Pareciale que aquella mirada tenia el poder de leer en el interior de su conciencia. Y si de resultas de sus palabras embarazadas el doctor llegase á conocer toda la horrorosa verdad...

El doctor Ozam continuaba esperando.

— En fin, dijo por último.

— Pues bien, respondió Matifay tragando su saliva con esfuerzo, porque las palabras se le quedaban detenidas en la garganta. Una idea, una idea muy extraña, intercaló con una risa forzada, me atormenta hace algunos dias. El médico del cuerpo, doctor, cuando se tiene vuestro talento, es tambien un poco el médico del alma, y hé aqui por qué, estando bueno del cuerpo, os he hecho llamar.

El doctor hizo un ademán con la cabeza, pero no despegó los labios.

Pero su mirada investigadora, aquella terrible mirada del médico, del sacerdote ó del juez, aquella mirada que busca en los menores movimientos de la fisonomia el comentario y verdadero sentido de las palabras pronunciadas, no se separaba del rostro de Matifay.

— Doctor, preguntó resueltamente el banquero, bajando los ojos ante aquella mirada, ¿cómo se vuelve uno loco?

## XXIII

## DOBLE CONSULTA.

La pregunta era tan extraña, que hizo estremecer al médico, cuya mirada se volvió mas escudriñadora; buscaba la de Matifay, pero la de este evitaba encontrarse con la del doctor.

— Se puede ser loco de muchas maneras, respondió pausadamente M. Ozam. Pero para que yo pueda responder con mayor precision á vuestra pregunta, seria preciso saber de qué especie de locura se trata.

— Se trata, dijo Matifay con una voz débil como un respiro, de un hombre que tiene visiones, ó mas bien una vision, una sola, y siempre la misma.

— ¡Ah! exclamó el doctor con aire pensativo, y ¿esa vision vuelve á intervalos irregulares?

— Siempre á una misma hora: siempre á las doce de la noche.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Desde hace tres semanas.

— Y, — dispensadme si insisto sobre el particular, — ¿esta vision es simplemente fantástica, sin motivo ni razon de ser, como de las que habla Walter Scott en su *Demonologia*, ó bien tiene relacion directa con algun acontecimiento de la vida pasada de la persona por quien me consultais?

Matifay guardó silencio, porque esta pregunta era precisamente una de aquellas á las que se habia propuesto no responder.

M. Ozam se levantó y tomó su bastón y sombrero.

— ¿Qué haceis, doctor?

— Desde el momento que me ocultais alguna cosa, mis consejos, si no son perjudiciales, son por lo menos inútiles, y no pueden servir de nada á vuestro enfermo.

— Por favor, quedaos. Preguntad, y yo responderé á todas vuestras preguntas.

M. Ozam volvió á sentarse con la misma flemma imperturbable.

— Está bien. ¿Cuál es la forma en que se presenta generalmente la vision?

— Siempre la misma. La de una mujer enlutada y cubierta con un velo.

— ¿Un ser imaginario, ó alguna persona que el enfermo ha conocido en otro tiempo?

— Un ser que ha conocido. Una persona que ha muerto hace ya muchos años.

— Y ese ser ideal es fantasma, ¿le habla?

— No. La mujer pasa delante de él cubierta con el velo, luego se para, levanta su velo y se retira lentamente.

— ¿Ha tratado de dirigirle alguna vez la palabra?

— Nunca se ha atrevido á ello.

— ¿Se ha acercado á ella alguna vez para tocarla y ver si era simplemente una ilusion?

— ¡Oh! eso nunca... nunca jamás.

Y Matifay pronunciaba ese segundo « ¡nunca jamás! » con una indecible expresion de horror.

A la sola idea de acercarse al fantasma, de hablarle y de tocarle, la frente se le cubria de sudor.

— Eso es una alucinacion, dijo el doctor como hablándose á sí mismo, y puesto que el enfermo no ha oido todavía la voz, aun podrá remediarse todo.

— ¿No es verdad? ¿no es verdad? exclamó Matifay con ansia. ¡Oh! M. Ozam, vos sois uno de los príncipes de la ciencia, un hombre de genio; yo tengo en vos una confianza ciega: no me abandoneis, salvadme.

— ¿Cómo! ¿es de vos mismo de quien se trata? exclamó el doctor cada vez mas pensativo.

Matifay inclinó la cabeza con aire abatido.

— Los fenómenos cerebrales son tan delicados, continuó el doctor despues de un corto silencio, que por muchos y minuciosos detalles que el médico desee adquirir, nunca serán bastantes. Decidme, esa persona que se os aparece, — ¡oh! no os pregunto su nombre, ni quiero saber de vuestro secreto mas que aquello que me sea útil, — esa persona ¿la habeis amado alguna vez?...

Matifay titubeó, dispuesto como estaba á mentir; despues con voz débil respondió:

— No.

— Pues por lo menos se ha debido hallar mezclada en los asuntos de vuestra vida para que ella haya dejado en vuestro espíritu huellas tan indelebles. ¿No se ha anunciado este fenómeno por algunas señales precursoras antes de haber tomado tanta gravedad? ¿No pensabais á menudo en esta persona, amada ó aborrecida, y no soñabais con ella algunas veces, y no se ha hecho mas persistente su recuerdo á medida que el mal se agravaba? Y ese recuerdo, en fin, ¿no habia llegado á ser ya una idea fija, algun tiempo antes de la primera aparicion?

— Sí, respondió Matifay, he experimentado todo eso tal y conforme lo acabais de decir.

— Una palabra mas todavía. ¿En qué circunstancias y condiciones se ha realizado la primera alucinacion que habeis experimentado, durante el sueño ó la vigilia?

— Durante la vigilia, estando bien despierto, se apresuró á responder el baron. ¡Oh! os aseguro que aquella noche estaba bien despierto y que ni dormia ni soñaba, ni aquella ni las demas noches. Era precisamente el dia de mi casamiento.

— Entonces, cuando hemos subido y os hemos encontrado desvanecido en el corredor...

— Acababa de verla por la primera vez, interrumpió vivamente el baron, estremeciéndose todo su cuerpo con solo aquel recuerdo, y despues he vuelto á verla todas las noches.

M. Ozam se acercó á la mesa y escribió una receta.

— Lo principal es, dijo mientras estaba escribiendo, no